

intrépidos soldados. Narvaez entonces conoce, aunque tarde, su error, y en el momento en que trata de abrirse paso con espada en mano, cae sin conocimiento herido de un lanzazo que le echó un ojo fuera.

Una circunstancia singular facilitó la sumisión de las tropas de Narvaez. Habían descubierto en la oscuridad de la noche el brillo de una inmensa cantidad de lucecillas, que se les figuraron las mechas encendidas de un cuerpo de arcabuceros que venía en el ejército de Cortés, porque en aquella época todavía no se usaban las piedras de chispa en las armas de fuego, sino unas mechas; pero las luces vistas por los soldados de Narvaez eran producidas por los gusanos de luz, que en América son mayores que los insectos de esta clase que se encuentran en Europa.

Cortés se manifestó después de la victoria humano y aun generoso, porque no solo trató á los prisioneros con el mayor afecto, sino que les hizo algunos regalos, dejándolos en libertad de alistarse en sus banderas ó volver á Cuba: casi todos eligieron el primer partido. De esta manera el afortunado general vió reforzado su ejército con ochocientos soldados. En cuanto á Narvaez, apenas volvió en sí y se vió cargado de cadenas y en poder de un enemigo al que había tratado con tan insolente desprecio, estuvo á pique de morir de dolor y de vergüenza. Cortés quiso verle; pero respetando su infortunio con un acto de delicadeza, entró sin darse

á conocer en el aposento en que Narvaez estaba acostado. La actitud respetuosa de los soldados hizo que Narvaez conociese quién era, y volviéndose á Cortés le dijo: "Señor capitán, bien podeis estar contento por la dicha que habeis tenido de hacerme prisionero." El terco orgullo de Narvaez merecía una severa respuesta. "Buen hombre, le contestó Cortés, todo lo que Dios hace está bien hecho; sin embargo, os juro que mi victoria y vuestra prision son en mi concepto hechos de bien poca importancia para que pueda envanecerme por ellos." Después de haberle dado esta justa lección, Cortés mandó que fuese conducido á Veracruz, donde debía quedar arrestado.

Apenas gozaba Cortés algunos instantes de reposo en el teatro de su triunfo, cuando recibió la funesta noticia de la rebelion de los habitantes de Méjico, contra los españoles que había dejado en esta ciudad. Alvarado, que se sostenía con dificultad en su fortaleza, pedía pronto socorro, y el mismo Motezuma enviaba uno de sus correos, suplicando á Cortés que volviese cuanto antes á la capital, donde dominaba la insurreccion victoriosa.

No había un momento que perder, por lo que Cortés se dirigió con su ejército á la capital, pasando por Tlaxcala. Los tlaxcaltecas, sus ardientes partidarios, pusieron todas sus tropas á su disposición: pero no llevó consigo mas que dos mil hombres.

Se temía que le costaría trabajo el entrar; pero

encontró los puentes en el mismo estado que los dejó a su salida. Entró, pues, en Méjico con su ejército, disponiendo de fuerzas considerables, y con el doble prestigio de la victoria y el poder, hubiera fácilmente triunfado de la insurrección, si hubiera sabido portarse con aquella moderación que exigía una previsora política; pero la prosperidad le había deslumbrado, y se creyó que ya no le eran indispensables la sagacidad y la prudencia. Se manifestó violento y altivo, alcanzando sus desprecios al mismo Motezuma. Se imaginó que comprimiría fácilmente la rebelión con la fuerza, y la primera providencia que tomó fué enviar á Ordaz, uno de sus mejores oficiales, á la cabeza de cuatrocientos hombres escogidos entre españoles y tlaxcaltecas, para indagar el estado de la población é informarse de si disponía nuevos ataques. Ordaz salió con su destacamento; pero apenas se hubo internado en una calle, cuando le salió al encuentro una tropa de mejicanas armados. Marchó hácia ellos para coger algunos prisioneros á quienes se pudiese preguntar; pero los mejicanos se replegaron al instante. Esta era una astucia suya para atraer á los españoles á una emboscada, y Ordaz, que se empeñó en perseguirlos, se vió de repente envuelto y atacado por los muchos mejicanos que le esperaban. Al mismo tiempo le arrojaban desde lo alto de las casas, coronadas de gente, piedras, flechas y venablos. Ordaz no se apuró en tan crítica situación; formó el cuadro con su gente, colocando en sus lados á los

que tenían lanzas, y en el centro á los que tenían arcabuces, para que disparasen contra los enemigos que estaban en los terrados y ventanas, mientras que los otros rechazaban á los acometedores con sus lanzas. Dió entonces la orden y el ejemplo de romper por donde mas compactas se presentaban las masas de los mejicanos. Tan vigoroso ataque les obligó á retirarse, y Ordaz pudo llegar al alojamiento, no habiendo perdido mas que un soldado español y ocho tlaxcaltecas; pero quedando herido, así como casi todos sus soldados.

Al día siguiente el enemigo dió un nuevo asalto, y aunque rechazado esta vez con una pérdida enorme, no por eso dejó de renovar sus tentativas contra el fuerte en los siguientes días.

En uno de estos encarnizados ataques de los mejicanos, Motezuma quiso evitar la efusión de sangre, presentándose á su pueblo con todos los atributos de su poder, con toda la pompa ante la que se humillaba con respeto la servil obediencia de sus vasallos, y creyendo que su voz conservaba aun su antiguo ascendiente para con ellos.

Se reviste apresuradamente con su manto imperial, se pone la diadema en la cabeza, y realizando todavía mas el esplendor de su traje con un adorno guarnecido de piedras preciosas que no se usaba mas que en los días de gran ceremonia, sale de su habitación acompañado de los principales mejicanos que entonces se hallaban en su compañía. Uno de ellos, subiendo á lo alto de la muralla, anuncia al

pueblo sorprendido la llegada de su emperador, que desea saber el motivo de sus quejas, y ofrece á sus vasallos su paternal mediacion entre ellos y los extranjeros, que tambien son huéspedes suyos.

Al solo nombre de Motezuma, los mejicanos cesaron de combatir y el silencio sucedió á los alaridos con que atronaban los aires. Entonces el monarca subió á la muralla, y á su vista el pueblo, penetrado de respeto á su soberano, permaneció silencioso é inmóvil. El emperador buscó con la vista entre la multitud á los que tenian mas influencia sobre ella, los llamó por su nombre, y dirigió un discurso al pueblo que tan resuelto se mostraba, tan fiel á su soberano, y que con tanto valor lidiaba por su libertad.

Cuando acabó de hablar, el silencio duró todavía por algunos minutos; despues empezó un ruido sordo causado por violentos murmullos, y que aumentándose sucesivamente terminó en voces sediciosas y vehementes escitaciones á la rebelion.

Motezuma, queriendo responder hizo seña con la mano para imponer silencio pero no quisieron escucharle. Los gritos se aumentaban; por último, muchas piedras y flechas fueron arrojadas contra el monarca. Los dos soldados que Cortés habia puesto á su lado, quisieron ampararle con sus escudos; pero ya era tarde: le habian alcanzado algunas flechas y además vino á darle en la cabeza una piedra lanzada con tal furia y violencia, que le hizo caer sin conocimiento al pié de los españoles.

El general español mandó que trasportasen al instante á su habitacion al desgraciado príncipe que no daba señales de vida, dando sus órdenes para que le prodigarán todos los cuidados que reclamaba su desesperada situacion, y despues acudió á vengarle; pero ya no era tiempo. Apenas los mejicanos vieron caer á su emperador, cuando sorprendidos y aterrados se dispersaron á la vez, como si temiesen que el rayo viniese á castigar su delito cayendo sobre sus cabezas.

Entre tanto el infeliz monarca habia recobrado el uso de sus sentidos; pero en un estado que inspiraba compasion. Se enfurecia al recordar de qué modo tan infame le habian tratado sus mismos vasallos. Espiró maldiciéndolos, y hasta su último suspiro se negó á las instancias de los españoles para que abrazase la religion cristiana.

Los mejicanos eligieron por sucesor de Motezuma á su hermano, llamado Quetlavaca, el que hasta entonces habia sido cacique de Iztapalapa. El primer acto del nuevo emperador fué la continuacion de las hostilidades contra los españoles, y su estreno militar una empresa que les hizo correr mucho peligro. Colocó sus mejores campeones sobre los terrados y sobre la plataforma del templo principal, á donde hizo llevar piedras y maderos para arrojarlos al patio principal del alojamiento de los españoles. Cortés, que ya se ocupaba en los preparativos de su retirada, se vió comprometido á retardarla, hasta desalojar á los enemigos de una posi-

cion desde la que podian aplastar con facilidad á sus tropas.

Encargó esta operacion á Escovar, uno de sus mas intrépidos capitanes, poniendo á sus órdenes un fuerte destacamento compuesto de lo mejor del ejército, y el mismo Cortés se encargó de ahuyentar al enemigo de las calles, cubriendo la retaguardia de los españoles en el momento de atacar el templo. Escovar llegó con facilidad hasta el pié de las gradas y aun subió hasta el medio de ellas; pero fué necesario que Cortés acudiese á socorrerle para que los españoles pudiesen ganar la cumbre de la plataforma.

Entonces fué cuando dos jóvenes americanos se distinguieron con un acto de sublime patriotismo. Habian jurado sacrificarse por la salvacion de su patria, y para verificar su generosa resolucion se acercaron en actitud de súplica al general español que andaba combatiendo: creyó éste que deseaban rendirse y no le ocurrió al verlos sospecha ninguna. Apenas estuvieron junto á Cortés, que iba á tenderles la mano, como para ponerlos bajo la salvaguardia de su clemencia, cuando se agarraron á él, y llevándole á la parte mas elevada del edificio, hicieron su empuje, y fuertemente asidos á su cuerpo, se precipitaron desde el borde de la galería. Esperaban llevarse consigo á Cortés; pero éste que conoció su intencion, se agarró con tal fuerza al borde, que logró desprenderse de los mejicanos: bajaron éstos á estrellarse en las losas, víctimas de una re-

solucion que de nada sirvió á su desdichada patria, pere que fué admirada, segun dicen, por el mismo Cortés.

Solo la muerte del último mejicano de cuantos defendian el templo, puso fin á la carnicería: se asegura que perecieron quinientos, todos de las principales familias de Méjico.

Al día siguiente los mejicanos permanecieron tranquilos y como si abandonasen el ataque del alojamiento español. Cortés entonces empezó los preparativos de su marcha; pero las disposiciones del enemigo estaban muy lejos de ser pacíficas. Habia jurado esterminar hasta el último de los españoles, y el tiempo de su aparente inaccion estaba destinado á combinar un nuevo plan que dejase mas segura su venganza. Querian cortar la retirada á los españoles, y cortando los puentes de los diques, sitiarnos por hambre, quitándoles los medios de procurarse víveres.

Pero Cortés, meditando cómo deseconcertar el proyecto de los mejicanos, hizo construir con celeridad un puente volante, para irle echando sucesivamente en todas las cortaduras de la calzada y establecer así las comunicaciones. Así que estuvo acabado, fijó la retirada para la noche siguiente, esperando que seria favorecida por la oscuridad y por las creencias supersticiosas del enemigo.

Al acercarse la noche, dividió sus tropas en tres columnas, dando á Sandoval el mando de la primera ó de vanguardia; él quiso mandar la columna del

centro, y Velazquez de Leon, pariente cercano del gobernador de Cuba, se puso á la cabeza de la tercera, que formaba la retaguardia.

A media noche empezó esta retirada con visos de huida, con el mayor silencio para no llamar la atencion del enemigo, y la lluvia que estaba cayendo, como que favorecia la salida de las tropas españolas. No encontraron obstáculo ninguno hasta la calzada de Tacuba, hácia donde se dirigian, no figurándose que estuviese cortada, por hallarse en direccion opuesta al camino que habian seguido los españoles para entrar en la ciudad.

Los mejicanos habian tenido buen cuidado de cortar esta calzada y fué preciso echar el puente volante sobre la cortadura, que se franqueó sin dificultad; pero en el momento en que las tropas llegaban á otra cortadura que se disponian á pasar de la misma manera, se oyeron de improviso los gritos de guerra, el lago se cubrió al instante de canoas, y una granizada de flechas y de piedras fué el primer anuncio del combate mas terrible de que hace mención la historia: combate cuyo horror era aumentado por un conjunto de diversas circunstancias.

Cortés se manifestó heroico, verdaderamente heroico en esta espantosa noche; solo él conservó su sangre fria y su firmeza, solo él no desesperó de la salvacion del ejército. Reuniendo como unos cien hombres, hizo los mayores esfuerzos para abrirse paso hasta la segunda y luego hasta la tercera corta-

dura de la calzada. Al fin triunfó su valor y llegó á tierra firme, sirviéndole de puente los cadáveres de sus enemigos que llenaron el hueco de las cortaduras.

¿Pero qué le importaba su propia salvacion? El peligro de la mayor parte de sus soldados le llamaba al teatro de duelo y de matanza: escoge entre los que se han salvado los pocos que no estaban heridos y vuelve con ellos al sitio del peligro. Logra incorporarse con parte de sus compañeros que seguian por la calzada el camino que él les habia abierto; mas ¡ah! todavía quedaban muchos desgraciados que salvar. Escuchábanse los lúgubres acentos de los españoles que habian caido vivos en poder de un enemigo feroz, que los llevaba al templo para inmolarlos en los altares de sus divinidades. Cortés queria ir á libertarlos; mas en vano trata de llegar hasta ellos; obstáculos insuperables se le oponen, y le es preciso limitarse á proteger y asegurar la retirada de los pocos soldados que sobreviven á este gran desastre.

Cuando salió la aurora, Cortés pudo conocer la estension de sus pérdidas, y no pudo reprimir sus lágrimas al ver cuántos valerosos compañeros de armas le faltaban. La mayor parte de sus tropas habia perecido á manos del enemigo, ó en las aguas del lago: dos mil tlascaltecas habian sucumbido con mas de la mitad de los españoles. Entre los muertos se contaba Velazquez de Leon y otros muchos intrépidos oficiales, y casi todos los que se habian

salvado estaban cubiertos de heridas: nada se había podido salvar de la artillería, municiones y bagajes, y cuantos tesoros se habían reunido se perdieron también casi en su totalidad.

Un nombre que caracteriza esta espantosa derrota, ha perpetuado su recuerdo: la noche tan fatal á los españoles es conocida hoy día en Nueva España con el nombre de *Noche triste*.

En Tamba fué donde los fugitivos españoles hicieron alto por la primera vez desde su salida de Méjico; pero no se detuvieron mucho tiempo en este paraje. No podían contar mas que con la hospitalidad de los tlaxcaltecas, y para llegar á su capital era preciso costear toda la parte setentrional del gran lago mejicano. Como los españoles se hallaban entonces en la parte occidental, tenían que atravesar países desconocidos, en los que no esperaban encontrar los bastimentos que tan necesarios eran á las tropas fatigadas por una lasga caminata. A pesar de todo, este era el único partido que Cortés podía tomar para salvar los restos de su ejército, por lo que se dirigió á Tlaxcala.

La marcha de los españoles al través de inmensas soledades, donde no encontraban para alimentarse mas que frutas silvestres, raíces y tallos verdes de maiz, fué una série de horribles padecimientos.

Hacia ya cinco días que caminaban de esta suerte las tropas españolas; pero todavía no habían llegado al término de sus males. La joven Marina,

que lo mismo que Aguilár, pudo salvarse de la catástrofe de la noche triste, había oído decir muchas veces á los mejicanos en sus repetidos ataques contra los españoles: "Id, malvados, caminad al sitio en que recibireis el castigo de vuestros delitos."

El sentido de estas palabras encerraba un enigma que no se adivinó hasta que al sexto día llegaron al valle de Otumba. Desde una altura inmediata á este paraje, descubrieron los españoles con espanto allá á lo lejos, los numerosos batallones indios que cubrían la llanura. Aquellos mismos que hasta entonces habían conservado toda su serenidad, no pudieron menos de estremecerse á vista de tantos y tan nuevos enemigos como se presentaban para combatir. Cortés, á prueba de todos los reveses de fortuna, reanimó el valor de sus soldados, haciéndoles comprender en una enérgica alocucion que había llegado el momento de vencer ó morir, y vió al instante marchar á sus tropas en busca del enemigo, que no esperaba tan impensado acontecimiento.

Habia inspirado Cortés tal ardor á sus valientes, que rompieron hasta el centro del ejército mejicano, sembrando el camino de muertos y moribundos; pero bien pronto agobiados de fatiga, apenas podían manejar sus armas, y envueltos y acosados por la muchedumbre de los mejicanos iban ya á sucumbir todos en lucha tan desigual, cuando una repentina inspiracion de su jefe los salvó y les dió la victoria. Divisando á lo lejos al general del ejército enemi-

go, que llevaba el estandarte del imperio, se acordó de que la pérdida de este estandarte era para los mejicanos la señal de la derrota. Reunió al instante á sus capitanes que tenían caballo, y se precipitó con ellos sobre la tropa que custodiaba el estandarte, la dispersa y de un bote de lanza tiende á sus piés al general mejicano. Uno de los ginetes echa pié á tierra, remata de una estocada al general y se apodera del estandarte, á cuyo tiempo las demás banderas se rinden á los españoles, y los mejicanos despavoridos huyen arrojando sus armas.

Esta victoria que dejaba á los españoles franco el camino de Tlaxcala, les proporcionó tambien un botin considerable: oportuna indemnizacion de los tesoros que habian tenido que abandonar en Méjico, porque los enemigos dando por suya la victoria, habian venido adornados con sus mas ricas prescas que fueron despojo de los soldados de Cortés.

Al dia siguiente entraron en el territorio de los tlaxcaltecas, que los recibieron con su acostumbrada benevolencia, y así pudieron disfrutar algun descanso. Hallábanse todavía en Tlaxcala cuando Cortés recibió una noticia que le colmó de alegría, porque iba á recibir un inesperado refuerzo de soldados y municiones de toda especie.

Velazquez, gobernador de Cuba, dudaba tan poco del triunfo de Narvaez, que sin esperar noticias suyas, le envió otros dos navios cargados de municiones, dando á los comandantes de estos navios nuevas instrucciones para el general. El goberna-

dor de Veracruz hizo mañosamente que los dos buques entrasen en el puerto, y apoderándose de ellos sin dificultad, determinó á las tripulaciones á que sirviesen á las órdenes de Cortés. Poco despues llegaron á la costa otros tres grandes navios que formaban parte de una escuadra, equipada por el gobernador de Jamaica para hacer nuevos descubrimientos; pero los capitanes, habiéndose dirigido hácia las provincias setentrionales de Méjico, habian encontrado pueblos pobres y belicosos que les hicieron mal recibimiento. Despues de penosas escursiones y sin útil resultado, habian venido á parar al puerto de Veracruz, é invitados allí á incorporarse á las tropas de Cortés, le procuraron tan considerable refuerzo de armas y municiones de guerra, que el ejército se encontró tan numeroso como en el momento de entrar en Méjico, y se creyó con él capaz de conquistar todo el imperio. Los tlaxcaltecas y los otros pueblos indios aliados suyos, le facilitaron un cuerpo auxiliar de diez mil hombres.

Otro suceso que concurrió á favorecer sus proyectos contra Méjico, fué la muerte del nuevo emperador Quetlavaca, que mandaba á los mejicanos en la *Noche triste*.

Los mejicanos eligieron por emperador en lugar de Quetlavaca, á un cercano pariente de Motezuma llamado Guatimocin. Este, que no carecia de valor ni de prevision, apresuró la ejecucion de los trabajos empezados por orden de su predecesor, y cuan-

do llegaron á su noticia los nuevos preparativos de los españoles, reunió en su capital gran número de guerreros convocados de todas las provincias del imperio. Guatimocin estaba dispuesto á oponer una desesperada resistencia al enemigo.

Cortés, avisado de lo que pasaba en Méjico, no se arredró por las nuevas dificultades de su empresa, y se puso en camino á la cabeza de su ejército, dirigiéndose á la capital del imperio.



*Marcha de los españoles á Méjico.—Llegada á Tezcuco.—Perfidia de un cacique.—Preparativos de defensa en Méjico.—Cortés hace construir una flota para el ataque de la capital.—Conspiracion contra él.—Plan de los conjurados.—Los trece bergantines.—Ataque de Méjico.—Desastres.—Nuevos aliados.—Los españoles entran en Méjico.—Un desafio.—Guatimocin cae prisionero.—Sumision de los mejicanos.—Guatimocin y su ministro puestos en el tormento.—Reedificacion de Méjico.—Muerte de Guatimocin.—Regreso de Cortés á España.—Se justifica y vuelve á Méjico.—Descubrimiento de la península de la California.—Cortés vuelve á España.—Su muerte.*

HABIA llegado ya el ejército á las cercanías de Tezcuco, cuando se presentaron embajadores, enviados por el cacique de esta ciudad para convidar